**Domingo 3 de diciembre de 2017. 1º de Adviento: Marcos 13,33-37.**

***“Lo primero es proclamar el Evangelio a todos”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Llegó diciembre y el llamado Adviento. Llegó el año nuevo para las gentes de la catolicidad. En este nuevo año, entre otras cuestiones de importancia, se propone la lectura de domingo a domingo del Evangelio de Marcos. ¿Qué es este Evangelio para la Iglesia católica de Roma? No lo sé ni deseo investigarlo, pero me voy haciendo a la idea de que no es algo importante. Sólo saber que en este primer domingo del año se nos van a leer los últimos versículos del capítulo decimotercero ya me lo está gritando todo. No les importa el Evangelio, sino su Adviento.

En el pasado año de esta misma catolicidad me tomé la agradable molestia de comentar, en los cincuenta y tres domingos de las cincuenta y tres semanas y de forma ordenada, todo el Evangelio llamado de Marcos y que creo que escribió en su día María Magdalena, la persona primera y principal después de Jesús de Nazaret en todo el nuevo testamento.

Para los oyentes del pueblo que se acerquen a la celebración de la misa eucarística éstas van a ser las primeras palabras del Evangelio de Marcos que les llegarán: “*Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento... Lo que os he dicho a vosotros, se lo digo a todos. Velad”* (Marcos 13,33-37).

¿Quiénes, de los oyentes de este mensaje en este domingo, caerá en la cuenta de que estas palabras las pronunció el Jesús de Nazaret del Evangelio de María Magdalena cuando salió del Templo de Jerusalén para no volver a entrar en él nunca más? Y le nacieran así a este Jesús porque uno de los suyos, de sus discípulos, se atrevió a comentarle la belleza y riqueza de la construcción de aquel templo, como si ahora se me ocurriera valorar y mantener las primacías de una catedral como la de mi ciudad de Burgos o la grandiosidad de la basílica del Vaticano.

La espléndida magnificencia de los lugares donde resplandece la presencia de una religión, como la judía o la musulmana o la cristiana, recibe en esta página del Evangelio de Marcos una de las mayores descalificaciones que cualquiera pudiera imaginarse: *“No quedará piedra sobre piedra. Todo será destruido”* (Marcos 13,1-4).

Esta denuncia tan radical le nació a este Jesús, laico y galileo de Nazaret, después de contemplar en numerosas ocasiones la realidad del Templo de Jerusalén y todo su funcionamiento al servicio del dinero camuflado bajo la etiqueta de ‘en nombre de Dios o de la Casa de Dios’. Se trata siempre del dios que algunos humanos se han creado y creído.

Quiero recordar un dato que nadie debería de olvidar al meditar críticamente esta cuestión: El rey David fue la primera persona que, en este pueblo de Israel, decidió edificarle un templo a su Dios Yavé. Pero fue el profeta Natán quien se atrevió a desarraigar tal decisión de las neuronas de su rey. Me leo estas cosas en el segundo libro de los Reyes, capítulo séptimo, y llego a la conclusión de que este Dios no necesita ninguna casa, ningún templo. Ni este Dios, ni ningún otro Dios. Y esto mismo es lo que piensa, cree y denuncia otro profeta, Miqueas: *“Sión será un campo que se ara, Jerusalén será un montón de ruinas y el monte del Templo será un otero salvaje”* (Miqueas 3,8-12). ¿Cuándo nos va a llegar ‘este Evangelio’ a todos? (Mc 13,10).

**Domingo 1º de Lucas (3 de diciembre de 2017): Lucas 1,1-4.**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

En el primer domingo ‘oficial’ del año nuevo de la iglesia romano-vaticana comienzo los comentarios que iré escribiendo semana tras semana del Evangelio de Lucas a cuyo autor se le representa con la imagen de un toro, como se describe en la visión de los cuatro Vivientes que se transcribe en Apocalipsis 4,6-7. Este toro, según explican muchos investigadores, evoca la presencia de los sacrificios de animales en el altar del tempo de Jerusalén. En este ámbito del templo de Jerusalén comienza y acaba el Evangelista la narración de su Evangelio (1,5 y 24,53).

Sin embargo y muy curiosamente, antes de comenzar su relato sobre Jesús de Nazaret, este Evangelista, y nadie más que él, nos ha dejado un texto breve a modo de prólogo con la clara intención de ser una adecuada guía para todo lector que decida leer esta narración. Por ser tan breve y, a la vez, tan preciosamente literaria como teológica la copio aquí completa.

*“Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido”* (Lucas 1,1-4).

Así es como ha comenzado este Evangelista la narración del acontecimiento llamado Jesús de Nazaret (primera parte de su obra, el Evangelio) y la narración de lo que vino después de la vida y el mensaje de este hombre en el acontecimiento de sus seguidoras y seguidores (segunda parte de su obra, Los Hechos de los Apóstoles).

El Evangelista confía su obra completa en las manos de una ilustre persona llamada Teófilo, que para muchos investigadores no se trata de una persona real y única, sino que simboliza y representa a todos cuantos lectores desean ser o hacerse como ese tal Teófilo (del griego ‘filo’ amigo o buscador de ‘Teo’, dios). En este caso, tú y yo y el otro y todo lector de este Evangelio es el destinatario de la obra del Evangelista. Éste Evangelista se fía de nosotros y nos confía el testimonio de su propia experiencia de fe en Jesús de Nazaret.

Este Evangelista a quien llamamos Lucas se preguntó en su tiempo la misma pregunta que se hicieron sus contemporáneos y sus predecesores: **¿Quién fue aquel Jesús de Nazaret?** Esta misma pregunta fue la que dio origen al llamado Evangelio de Marcos. Y fue también la pregunta que en más de una ocasión se hizo seguramente el inquieto judío que nació y vivió fuera de la tierra de Israel, en la diáspora, y que se llamaba Pablo de Tarso (ciudad de la actual Turquía).

Esta es la misma pregunta que tú y yo nos debemos de hacer siempre si deseamos saber y saborear ¿quién es para mí aquel Jesús de Nazaret que acabó condenado, crucificado y sepultado por la autoridad religiosa de la Ley de Moisés y del Templo de Jerusalén? Creo que siempre que actuamos así resucitamos la vida de aquel martirizado, resucitamos la presencia de aquel abandonado y resucitamos la misión y la palabra de aquella voz reducida al silencio.